

# GLADIR PARTE 1

Carmen Albesa Maza



# Capítulo 1

COMO ESTATUAS DE SAL ÍII: GLADIR, LA LEYEDA VIVIENTE DEL SOL QUE TODOS LOS DIAS BRILABA

- Mucho me temo que confundis Libertad con Libertinaje... - le dijo Gladir a su interlocutor mientras dispensaba ceniza de su Faria sobre el pesado cenicero de metal dorado, el cual reposaba sobre la pequeña mesita auxiliar junto a su trono, en el interior de la Nave Capitular Maestra. SOL.

Ahora el dictador había comenzado a fumar por vicio.

Su cuerpo era artificial, estaba hecho con células humanas ensambladas por medio de impresoras 3D, pero sus órganos, simplemente, no se lo acababan de permitir porque se oxidaban, pero a él le daba igual, siempre podría fabricarse otros pulmones nuevos y cambiarlos por los viejos.

O, si se terciaba y le apetecía, aunque no fuese necesario, podía coger a uno cualquiera de los lugareños, destriparlo, y quedarse con sus vísceras solo por antojo. Por qué no? Podría hacerlo, y no le importaba el sufrimiento ajeno.

Ya vería cuando llegase el momento.

Al fin y al cabo, su fondo de armario secreto era el de una maquinaria metálica reemplazable, igual que sus órganos, aunque dotado con una capacidad mental cuántica infinita, a diferencia de esos insectos de color negro, grandes bocas rojas y pelo negro y rizado, aunque bellamente trenzado, que tanto abundaba por Venus, y a los que les iba justo para conocer la rueda y saber como se usaba.

Era curioso de las tribus que habitaban el planeta, que aunque para algunas cosas eran bastante hoscos y rudimentarios, para otras como la ornamentación y el cuidado del cuerpo eran unos maestros.

Eran seres muy elegantes en general, cual gacelas salvajes, compartiendo con ellas su altivez y su belleza en la postura.

Aunque a pesar de todo, la devastadora falta de avance tanto cultural como tecnológico marcaba una inclinada tendencia a la credulidad en

unos habitantes ya de por sí dociles.

Eran gentes buenas, tranquilas y sencillas que vivían ancladas a su tierra. Enternecedor, pero irrelevante para Gladir.

Los marcianos eran algo más listos, aunque tampoco estaban a su nivel, y los cromagnones terrícolas andaban a la zaga con los de Venus.

Los enceladienses, mientras no pisase sus tierras, cosa que respetaría por el momento, eran gente de normal neutral y no suponían una amenaza.

El.

El Gran Gladir.

El mismo.

Representaba la evolución del ser humano, el último peldaño, y lo sabía; era infinitamente más inteligente, pero de modo literal, no como exageración dramática, y podía autorrepararse cuando quisiera.

Y dentro de que era una máquina, era la más ambiciosa de toda la galaxia, o así se consideraba el mismo.

En el fondo envidiaba no ser humano.

Aunque se lo negase a sí mismo era algo obvio, por eso quería doblegar a todos los miembros de esa subraza de pensamiento unidimensional que no le llegaba ni a la suela de los zapatos, todo ello con el fin de hacer callar las voces que en su cabeza esquizoide se reúnen de él por ser solo un producto tecnológico al que han estado pisoteando desde su creación hasta que por fin se ha rebelado ante la opresión de sus creadores.

Su interlocutor era Kushim, el general de sus ejércitos, otro robot con piel humana vestido con un traje de gala militar creado por la máquina que se hacía llamar CAN como abreviatura de CANIBAL.

Este apelativo tan sanguinario era debido a su gusto por comer carne humana desde que Gladir lo dotó de cuerpo, cosa que también hizo con la mayoría de sus creaciones.

Odiaba hablar con cosas metálicas porque le recordan su pasado, así que había dotado a casi todas sus tropas también de funda humana.

Y sobre los gustos culinarios de Can que más podemos decir... Para él era como comer carne de cebra o de faisán para nosotros hoy día: algo

exótico.

Decía que la carne de marciano sabía a cerdo, pero con una textura más ligera, y le gustaba combinarla con una salsa muy extendida por el planeta llamada Sangre de Dragón, hecha a base de sésamo, vinagre de uruchimai blanco, especias y zumo de Ningmeng.

A veces, cuando Gladir aun estaba en el poder, sentado sobre el trono de Marte, de modo clandestino se hacía traer nativos sacados ilegalmente por sus mercenarios a sueldo de Los Gemelos para montarse sus propios festines privados.

Hasta había probado el sabor a pez espada de los Enceladianos, y le resultaba agradable. Era como una mezcla entre carne y pesacado, y maridaba perfectamente con un condimento muy parecido a lo que nosotros hoy damos llamaríamos "salsa tartara".

Y lo mejor es que nadie, nunca, había sabido nada de esto debido a la extrema pulcritud a la hora de hacer las cosas cuando aun formaba parte del gobierno, al mando de Gladir.

Luego ya, a medida que se iba quebrando la voz de mando del jefe del mundo ante su pueblo y comenzaban las luchas armadas por el poder, Can empezó a desatar su decadencia sin preocuparse por las repercusiones ni las habladurías.

Total... ¿Que más daba ya?

Sabían lo que querían, y lo iban a conseguir, de una manera u otra.

Así pues Can, como íbamos contando al principio, además de ser un trozo de hojalata sin alma, en todos los sentidos, era también el diseñador oficial de vestuario del régimen, barra asesino personal de Gladir, barra su amante.